

# Soy el rey

Tommy \* Loretto



Image not found.

# Capítulo 1

Yo.

Yo soy el rey.

El rey de la casa, el rey de la familia, el rey de la ciudad, el rey de todos los días, el rey.

Soy el jefe, mi nombre es Floro, me temo que no es muy glorioso, pero es fantasía.

Gris "ratón", si se quiere, un vestido matizado con algunas rayas más oscuras en pleno verano, para mostrar que el tigre es por cierto un gato callejero.

Mis ojos son verdes con algunas manchas azules que se destacan en la oscuridad. Esbelto, pequeña cabeza aristocrática, soy el Rey de la Noche, deambulo por casas, áticos y sótanos, jardines, prados y bosques en busca de presas.

Un susurro de hojas, un crujir de ramas, un olor apetitoso, vigilo incansablemente, inmóvil y orgulloso, dispuesto a saltar, concentrado en mi deseo.

Veo las huellas, los tiempos de caza, los sonidos casi inaudibles pero esos que dicen mucho.

Ratón gris, ratones de campo, pájaro distraído, musaraña apuntando su nariz, orvet deslizándose en la hierba, lagarto husmeando bajo las piedras: todo está bien para mí.

Soy el rey de los cazadores y el Robin Hood de los muros bajos. Por la mañana, en el felpudo, coloco resueltamente mis trofeos, alineados, inertes.

Muerdo un trozo de mi presa, solo para saborear los distintos sabores, pero dejo la punta de un ala, algunas plumas, una cabeza, un estómago, una cola para poder contar mis victorias de la noche.

De vez en cuando me felicitan, y luego, estúpidamente, a veces siento pesar en su voz, tal vez no debería haberlo hecho; por ella, tan sigilosa, tan traviesa.

No pude resistir mi instinto asesino. No es tan fácil con los pájaros volando de tu nariz en el último momento. Lleva horas de vigilancia,

congelado bajo las hojas de árboles que pican, pican un poco.

Pero de día, he aquí el charlatán, lánguido en la silla del jefe que se ha hecho mía, merodeo en círculos, ojos cerrados, me recupero de mis rondas nocturnas, nariz en cola, tibio, aquí estoy, el rey.

A veces abro un ojo, mirando con indiferencia las idas y venidas de la casa.

Aquí ella está triste, y yo me invito de rodillas, ella me acaricia y le paso mi dulzura, mi calidez, mi consuelo.

Abre la bolsa de croquetas, tal vez me dignaría probar algunas con la punta de los labios. Cuando veo al perro del vecino, un bulldog horrible corre hacia su plato y se lo traga todo en tres minutos, no.

Digno soy, delicadamente me pasa un trozo de pollo, una miga de salmón, no me importa, lo saboreo.

Llegué muy chiquito a una casa grande y su jardín, me gusta el espacio, sus peligros y su sabor, colonizo mi territorio haciendo las paces con el gato negro del vecino, del otro lado de la calle . Saben el respeto que me deben.

Crecí en esta casa llena de niños que me interrumpían, mimaban, mimaban, cada uno por turno. Me encantaba el olor y el tacto de sus manos torpes, su suavidad a veces un poco brusca.

Los perdono por agarrarme de todos modos, de un lado a otro, y cuando sus juegos me cansan, con una pirueta, me escabullo con dignidad. Ella diría una y otra vez: "Deja de molestar a ese pobre gato"

Y luego cambió su vida, mudándose a un apartamento en el centro de NY. Apartamento ¡NY!

Se dan cuenta ? Desde un gran jardín, nos encontramos en 75 metros cuadrados, en una sola planta, sin recovecos ni recovecos, sin ratones, sin nada para comer.

Solo un mini balcón con vista a una calle concurrida, ¡y los olores! Las bocinas, sirenas, gasolineras, McDonalds, la pizzería local, la gente,

mucha gente, todo sofocante.

Qué horror !

Estoico, aguanté mucho tiempo, ella estuvo allí mañana y noche, pero los niños se escaparon. A veces, solo una paloma colgaba de la barandilla.

Asustarla, eso era todo lo que podía hacer. Entonces, me deprimí, la croqueta no sabía igual, ni los abrazos.

De vez en cuando tenía mi loco cuarto de hora, corriendo por el apartamento, desde el dormitorio a la sala de estar, de un lado a otro a un ritmo epiléptico.

El veterinario dijo que me faltaba aire, que estaba sufriendo una depresión real.

Así que me llevó con sus padres, que tenían un gran jardín en el norte. Por supuesto, ella no estaba, pero yo tenía mi libertad, igual logré matar al único ratón de la zona, un ratón de campo de vez en cuando y, en temporada, un conejito, un pájaro , una teta de nuevo, nada sospechosa, y un troglodita con la cola en el aire. Bueno, tuve alguna distracción.

Envejecí lentamente sin darme cuenta, mi historial de victorias disminuía pero estaba bien alimentado, bien acariciado, bien querido.

Desde hace tiempo siento pesadez en el estómago, me he vuelto menos ágil, como menos yo. El veterinario dijo que tenía cáncer y que no podíamos hacer nada.

Tengo 18 años, no está mal para ser un gato, dijo. Pero bueno, no pensé que ese fuera el final de mi vida.

Ella vino a despedirse. Conmovida, estaba. Una larga vida juntos es importante. El tumor ha vuelto a crecer, me dificulta beber, saborear mis croquetas.

Me tambaleo sobre mis pies, para buscar el agua de lluvia del cubo del vecino.

No tengo gusto por nada, incluso el gorjeo del petirrojo me deja

indiferente.

Soy un rey muy pequeño ahora . . . soy . . . y sigo siendo el rey.